



Úrsula Llanos

EL CUARTO
DEL TORREON

Al saber que por la enfermedad incurable que padece su final está próximo, invita don Ismael Moyano a la casa rural que posee en la sierra oeste de Madrid a los amigos que tuvieron mayor trascendencia en su vida, así como al médico que le ha asistido durante su enfermedad, con la intención de despedirse de ellos y de testar a su favor.

En esa casa, que tiene un torreón donde duerme el enfermo, empiezan a ocurrir una serie de aparentes accidentes, lo que motiva que sea detenido uno de ellos al que Noelia Villarroel tiene que defender.

CAPÍTULO 1

Leila

Estuvo a punto de dejar escapar un grito de alegría. Acababa de poner en funcionamiento su ordenador portátil y al abrir la página de su correo electrónico había visto la respuesta al currículum que había enviado la semana anterior.

¡Al fin!, se dijo. Hacía unos diez días que la había despedido el manos largas de su jefe y desde entonces no había hecho otra cosa que contestar vía e-mail a todas las ofertas de trabajo que caían en sus manos. No era una gran cosa, un puesto de camarera en una casa rural, sita en la sierra oeste de Madrid, pero le permitiría subsistir hasta que encontrara otro trabajo mejor. Había obtenido en su momento la titulación de profesora de gimnasia y poseía un cuerpo ágil y atlético, pero ningún centro educativo parecía necesitar a una joven con esa capacitación.

Quizás porque también era una chica bonita, estilizada, con una corta melena rubia y unos ojos claros y oblicuos, dos meses antes había sido contratada como secretaria del director de una importante empresa inmobiliaria y desde sus comienzos se había estado temiendo lo que había terminado por suceder. Su jefe, un hombre de mediana edad, corpulento, barrigón y fumador de puros, solía seguirla con la mirada y solicitaba su presencia con mucha mayor asiduidad de la necesaria para dictarle una carta o para pedirle que le trajera un café. La mesa en la que ella

trabajaba se hallaba en la antesala del despacho de él y le parecía a Leila que disfrutaba exhibiéndola ante sus visitantes como si fuera un trofeo digno de admirar.

A los gimnasios y a los centros educativos en los que anteriormente había prestado su actividad profesional acudía cómodamente vestida con un chándal y con zapatillas de deporte, pero en la empresa inmobiliaria se le había proporcionado desde el primer día una indumentaria más sofisticada, consistente en un traje de chaqueta de color gris marengo y unos zapatos de tacón alto que realzaban su figura, aunque quizás algo más de lo conveniente. Hubiera Leila preferido que la falda no le quedara tan corta ni tan justa, poder abrocharse la chaqueta sin correr el riesgo de que se le saltaran los botones y que los tacones de los zapatos fueran varios centímetros más bajos, pero, como no le habían dado a elegir, se veía obligada a caminar a pasitos cortos y a sentarse de medio lado sin poder cruzar las piernas.

Y diez días antes había tenido lugar lo que se veía venir y había llegado ella a considerar que sucedería inevitablemente antes o después. Su jefe le había pedido que esa tarde se quedara en la oficina fuera del horario establecido, ya que necesitaba que le escribiera unos informes muy urgentes. Le sonó a excusa y acertó, porque tuvo el hombre la desfachatez de pasarse de la raya. Quizás si hubiera sabido que Leila era profesora de gimnasia y que estaba en forma, no se hubiera atrevido a propasarse, pero como no lo sabía, del trallazo que encajó de manos de ella fue a desplomarse sobre su mesa para luego ir a caer pesadamente al duro suelo, desde donde hizo denonados esfuerzos por levantarse.

Había salido Leila corriendo al pasillo sobre sus altos tacones antes de que él lograra ponerse en pie y no había llegado a alejarse lo suficiente como para no haber llegado a oír con toda claridad las increpaciones de él, que en-

tre varios epítetos mal sonantes, le gritaba que estaba despedida.

Como si necesitara que se lo advirtiera, se dijo. Por nada del mundo hubiera vuelto ella al día siguiente al alto edificio acristalado de la zona Azca de Madrid en la que se ubicaba la empresa en la que había estado trabajando hasta ese momento. Al pasar por la antesala del despacho de su jefe donde se hallaba su mesa, había recogido su bolso y había echado a correr por el pasillo hasta el ascensor, que se hallaba al fondo de este, sin volver la cabeza.

En los días que siguieron había intentado colocarse en algún gimnasio, pero en ninguno de los centros en los que había ofrecido sus servicios, necesitaban una profesora, por lo que había empezado a desesperarse. El dueño de la pensión en la que vivía le había dado de plazo una semana para que pagase la mensualidad, lo que no estaba en condiciones de efectuar, por lo que en último término se había estado planteando volver a su pueblo a casa de sus padres. Vivían estos en un villorrio de la Mancha de unos doscientos habitantes, que iba despoblándose más y más conforme morían los viejos y se convertían los jóvenes en adultos. No tardaban estos en marcharse a Toledo, que era la ciudad más cercana. Hacía años que la escuela había cerrado, porque ya no había niños a los que enseñar. También había sido clausurado el cine por falta de espectadores y el único esparcimiento que aún persistía era pasear arriba y abajo por la plaza mayor los días en los que no llovía en invierno o en los que el sol no caía de plano achicharrando a los atrevidos que salían de sus casas en los meses estivales.

No quería volver allí. Quería seguir disfrutando del ruidoso bullicio de Madrid, de sus tiendas, de sus cines y hasta de sus calles, que hasta en los días más tristes eran diferentes y más alegres que las de su pueblo. Y salir a correr de cuando en cuando con Nemesio, que era también profesor de gimnasia y al que había conocido en el

último centro en el que trabajó. Lo pasaban bien juntos, aunque no hubiera podido soportarle más a menudo, porque era insoportablemente celoso. Si la hubiera visto con el traje que chaqueta que vestía en la oficina de la que había sido despedida, hubiera puesto el grito en el cielo, pero afortunadamente no sospechaba siquiera que existiese esa indumentaria ni que la llevase ella los días laborables.

Había pasado diez días horrible desde que su jefe le enseñara la puerta a gritos e intentara encontrar un nuevo trabajo. En unas empresas necesitaban que hablara inglés a nivel de conversación y ella solamente lo chapurreaba, en otras la encontraban demasiado joven, en algunas excesivamente vistosa y en casi todas le exigían una experiencia que no poseía, pero al fin, ¡al fin! esa mañana había recibido el correo electrónico que resolvería momentáneamente sus problemas económicos, ya que en el sueldo que le ofrecían se incluía su alojamiento en las dependencias del servicio de a casa rural, por lo que podría despedirse de la pensión en la que vivía. Como documento adjunto le enviaba el secretario del propietario el plano de la comarca. Se hallaba en un lugar agreste del término municipal de San Martín de Valdeiglesias, próximo al pantano de San Juan y, aunque ese pueblo distaba unos cinco kilómetros de la casa en la que iba a vivir temporalmente, podía tomar un taxi para llegar hasta allí.

Con un suspiro de alivio contestó al e-mail anunciando su llegada para dos días más tarde, que era lunes, y se sonrió a sí misma, diciéndose que al fin había cambiado su suerte.

Melisa

Sorprendida releyó varias veces la carta que acababa de recoger del buzón y arrugó el ceño intentando hacer

memoria. Apenas si recordaba a Ismael. Habían transcurrido tantos años...

Era ella por aquel entonces primera bailarina en el Teatro Real de Madrid y él un tramoyista mucho más joven al que nunca le dirigió dos miradas seguidas, pese a sus donados intentos por conseguir que reparara en su existencia. La esperaba a la salida de las representaciones, se hacía el encontradizo con ella en los ensayos y se empeñaba en invitarla a un café en cuanto tenía ocasión, que era lo más que se podía permitir, porque entonces no era nadie. Al menos no era nadie para ella, que le apartaba de su camino cuando se le interponía y tiraba sus flores a la papelera de su camerino.

Calculó que por aquellos tiempos en los que había alcanzado ella la cúspide de la fama habría dejado atrás los treinta años. Era entonces una mujer hermosa, de cabello negro como ala de cuervo que se recogía en un moño bajo, y unos grandes ojos del mismo color bordeados de pestañas largas y arqueadas. Su figura era armoniosa y sumamente estilizada. Frágil era la palabra que la definía, y a los acordes de la música de Tchaikovsky se deslizaba por el escenario como si se pudiera quebrar con un soplo de viento.

Los teatros del mundo entero se la habían disputado en esa época, pero le había dado prevalencia ella al inigualable Teatro Real de Madrid, con su majestuosa escalinata, desde el que podía avistarse el palacio real, ahora deshabitado, pero que conservaba entre sus paredes la suntuosidad que impregnaba también el interior del teatro.

No consiguió recordar al leer la carta el semblante de Ismael. Creía recordar, aunque no estaba muy segura, que él era entonces poco más que un muchacho sumamente delgado y de rostro pálido y anguloso. Podría decirse que su figura era enclenque y su aspecto enfermizo, aunque quizás lo confundiera con otro. Lo que sí podía

afirmar, porque eso sí lo recordaba, era que le había ignorado como si no existiera, aunque asistía él entre bastidores a todas sus representaciones, la esperaba en el pasillo de los camerinos a que saliera del suyo, aunque solo fuera para verla durante los segundos en los que lo recorría para salir a la calle acompañada siempre por alguna celebridad y le pedía una y otra vez que le firmase un autógrafo en un papelito que le tendía y que luego guardaba en el bolsillo de su camisa como si fuera un tesoro.

Tampoco recordaba donde estaba Ismael cuando sucedió aquello ni tampoco qué fue exactamente lo que ocurrió. Solo que esa noche bailaba ella "El lago de los cisnes" y que había perdido el equilibrio. No se explicaba aún como había podido ocurrir. Había dado una vuelta completa con un pie en punta, una pirueta, cuando sintió una especie de calambre en esa pierna y creyó ver luego que el pavimento de madera del escenario se abalanzaba vertiginosamente contra su rostro. Una fractura de tobillo que no soldó bien fue la consecuencia. La obligó a olvidarse de su profesión y de los escenarios, de la fama que había alcanzado y de los que consideraba sus amigos... de todo. De la noche a la mañana se convirtió en otra. En una mujer amargada que no era ya importante y que como no podía bailar no le interesaba a nadie.

Le costó entenderlo y fue arrastrándose de pensión en pensión. Incluso estuvo a punto de quitarse la vida. No llegó a hacerlo, porque se resistió a creer que aquella gloria de la que había disfrutado de una forma tan efímera no fuese a volver. De momento tuvo que contentarse con dar clase de ballet en un destartado estudio, sito en la segunda planta sin ascensor de un viejo edificio de la calle Arenal de Madrid, al que la mayoría de sus alumnas acudían a hacer barra para adelgazar y mejorar su figura, pero que no poseían interés por el ballet clásico ni aptitudes para despuntar en ese arte.

Y había pasado ella de ser una bailarina de renombre que elegía cuidadosamente sus actuaciones y a la que le sobraba el dinero, los admiradores y los amantes, a una mujer prematuramente envejecida, que compartía una vivienda alquilada con una actriz a la que nadie contrataba y que como ella llegaba con dificultad a fin de mes.

No reconocería a Ismael si volviera a verle, porque habían transcurrido demasiados años desde la noche en la que salió al escenario sin imaginar que tropezaría con consecuencias tan funestas y que no volvería a bailar. Desde el día en el que terminó todo para ella. Aunque quizás por aquel entonces no trabajara ya él en el Teatro Real. Nunca le interesó aquel estúpido muchacho que bebía los vientos por ella o que eso creía recordar.

En cambio, a él, por lo que le decía su secretario en la carta que le había enviado, le había ido bien. De tramoyista había pasado a ser director de escena y de director a dueño de un teatro de barrio para convertirse después en un importante empresario.

Pero ahora estaba enfermo, muy enfermo. Le decía su secretario que le quedaban pocos días de vida y que deseaba reunir en la casa rural de su propiedad, sita en la sierra oeste de Madrid, a las personas que habían sido importantes para él, de las que quería despedirse antes de morir, y a favor de las cuales iba a testar. Que su médico, que también se encontraría entre sus huéspedes, no creía que pudiera sobrevivir al mes de septiembre en el que se hallaban y que su abogado, que igualmente se contaría entre sus invitados, se ocuparía de realizar a su fallecimiento la adjudicación de su patrimonio a los que hubieran acudido a su llamada.

Cuando terminó de leer la carta, se mesó Melisa su canoso y desarreglado cabello. Luego fue a contemplarse pensativa en el espejo del pequeño vestíbulo. Ismael no la reconocería en la avejentada mujer cuya imagen le devolvía el espejo. Ya no era esbelta. Ya no se asemejaba al cis-

ne alado, que interpretara magistralmente el “pas de deux” de aquella obra inigualable. Con aquellas greñas y el rostro pintarrajeado no era ni la sombra de lo que había sido.

¿Pero qué importaba?, se dijo. Tampoco ella recordaba el rostro de él y lo importante era su dinero. Estaba dispuesta a pasar los días de vida que le quedaran a Ismael junto a su cama e incluso a atenderle en sus últimos momentos si era preciso, con tal de recibir su herencia después. Luego, cuando ese abogado, que al parecer iba a estar entre sus invitados, se hubiese ocupado de formalizar la adjudicación de sus bienes y ella los hubiese puesto a su nombre, podría olvidarse de que ya no estaba Ismael en este mundo porque realmente no había significado nada para ella mientras vivió. Ni tan siquiera era ya un recuerdo.

Gerardo

Releyó la carta varias veces preguntándose cómo le habría encontrado Ismael al cabo de tantos años en el domicilio en el que ahora se alojaba, un oscuro semisótano en la calle Atocha de Madrid. Hacía tanto tiempo que habían perdido el contacto... Evocaba a veces aquellos felices días tan lejanos, en los que eran jóvenes, y en los que, aunque el otro era su jefe, se comportaba con él como si ambos estuvieran en pie de igualdad y fueran amigos.

Porque disfrutaban juntos de aquella juergas nocturnas, aunque él fuera su chófer. Había prosperado vertiginosamente Ismael de la noche a la mañana y creía que su nueva posición le impedía conducir él mismo su Alfa Romeo deportivo de color rojo con el que deslumbraba a las mujeres, a sus clientes y hasta a sus enemigos. Desde que se había convertido en un magnate, procuraba poner de manifiesto que lo era y por esa razón le había contratado a

él, que con un elegante uniforme azul marino y una gorra de plato le llevaba en el auto de aquí para allá, incluso a veces hasta la esquina más próxima.

Solía aguardarle medio adormilado en el coche hasta altas horas de la madrugada a que saliera él de la fiesta a la que le había llevado esa noche, invitado por sus nuevas amistades. Eran sumamente adineradas y residían en lujosas urbanizaciones de la periferia de Madrid, donde se bebía alcohol en abundancia y se consumían también secretamente otras sustancias. Ya cuando empezaba a amanecer, volvía Ismael a su coche con dos o tres chicas, tan borrachas como él, a las que llevaba también a su mansión, sita en El Plantío, otra urbanización de nivel, ubicada igualmente a pocos kilómetros de la capital.

Acostumbraban a despertarse esas chicas muy avanzada la mañana del día siguiente y a esas horas las distribuía él en sus respectivos domicilios, para después, cerca ya del mediodía, recoger nuevamente a Ismael y llevarle al alto y acristalado edificio de la manzana de Azca, sede de sus múltiples empresas, donde solía permanecer tan solo unos minutos.

Y así día tras día y noche tras noche. Alguna vez en la que había salido Ismael de la fiesta sin llevar a una o más chicas colgando de su hombro, al regresar a su chulé le había pedido que entrara con él en la casa y que le acompañara a tomar una copa, Charlaban entonces como dos iguales, bebían y celebraban cada frase del otro a carcajada limpia como si fuera la cosa más ingeniosa que hubieran oído nunca y disfrutaban del momento y de su mutua compañía. Los dos eran jóvenes, y sin ataduras de ninguna especie y aunque él no disponía de más medios que el sueldo que le pagaba el otro, su mentalidad era muy similar. Los dos querían vivir la vida intensamente y a ser posible sin ningún tipo de responsabilidad.

Pero desde entonces había transcurrido mucho tiempo. Su amistad, por llamarla así, había finalizado de impro-

viso y sin intención alguna por su parte. Un accidente imprevisto acabó con aquellas noches locas, con sus borracheras e incluso con el contacto que habían mantenido durante al menos cinco años.

Sucedió al término de una de esas fiestas. Se celebraba en un chalé en Pozuelo y, aunque había comenzado lo mismo que las demás, finalizó trágicamente. Había salido Ismael de la fiesta haciendo eses como siempre. Hasta confundió a uno de sus amigos con una farola con la que mantuvo unos minutos de conversación, antes de conseguir llegar hasta el automóvil dando tropezones. Llevaba una botella de ginebra en cada mano y las apuraron allí mismo los dos hasta la última gota. La noche de verano era oscura y cuando arrancó él el coche creyó sentir que, en lugar de transitar por una carretera, pilotaba un avión, un helicóptero o quizás un ovni, porque percibió una loca sensación de ingravidez que le impulsó a pisar a fondo el acelerador, mientras coreaba la canción que cantaba Ismael con voz pastosa.

Fueron unos instantes de felicidad absoluta, pero duraron tan solo unos minutos. Apartó la mirada del parabrisas para buscar la botella por si aún le quedara alguna gota de ginebra en su interior y no vio la barrera metálica que orillaba la carretera y que la protegía del barranco que tenía a sus pies al otro lado.

Dio el vehículo varias vueltas de campana después de derribarla y de precipitarse en el fondo de la rambla y cuando él recobró la consciencia y comprobó que, aunque con algunos chichones, estaba ileso, trató de sacar a Ismael del coche. Estaba este inconsciente y atrapado entre el conglomerado de hierros en el que se había convertido el vehículo, por lo que, cuando se convenció de que no podía rescatarle él solo, subió hasta la carretera trepando por el terraplén y fue luego andando hasta la gasolinera más cercana con los pantalones destrozados y un hilillo de sangre que le resbalaba desde la sien. En la gasolinera

avisó por teléfono a la Guardia Civil del accidente y de la situación de Ismael y regresó con los agentes al fondo de la sima, donde se encontraban los restos de lo que había sido un flamante automóvil deportivo, aprisionando al que hasta entonces había sido su amigo, o eso había creído él.

No volvió a verle. Cuando días más tarde se acercó a visitarle al hospital en el que había sido ingresado y propinó unos golpecitos en la puerta de su habitación, salió a recibirle su secretario, un tipo bajito y pálido. Hacía tiempo que vivía en el chalet de Ismael y se ocupaba de todos sus asuntos, lo que le permitía a este darse la gran vida y ganar dinero a espaldas sin dar un palo al agua.

Por la expresión del secretario supo él que una catástrofe se avecinaba. Ismael se había fracturado las dos piernas. Se las habían escayolado y aunque había sido él el que le había animado a beberse entera una botella de ginebra, le achacaba en exclusiva a su chófer la culpa del accidente y del lamentable estado en el que, como consecuencia, se hallaba en esos momentos.

Aunque había visto a don Gregorio deambulando por la casa, no había hablado nunca con él y apenas si tuvo ocasión esa mañana. En el pasillo del hospital le envolvió en una mirada tan fría que le obligó a encogerse sobre sí mismo al sentir que algo helado le resbalaba por la espalda.

—Está usted despedido —le oyó decir.

—¿Despedido? —había logrado articular él a duras penas.

—Naturalmente, ¿qué esperaba usted? Cuatriplicaba la tasa de alcoholemia permitida cuando los agentes de la Guardia Civil le hicieron la prueba y por su irresponsabilidad lo más probable es que don Ismael se quede irremediabilmente cojo. Él no quiere volver a verle ni yo tampoco. Me ocuparé de ingresarle en su cuenta corriente la liquidación que le corresponde. Y ahora ¡Lárguese!

No había vuelto a verle ni a saber de él. Y ahora que al parecer estaba sumamente enfermo, quería reunir a los que habían sido sus amigos para despedirse de ellos y para dejarles su fortuna en herencia. Arrugó la frente queriendo traer a su memoria el semblante de Ismael. Entonces eran un joven bien plantado, de facciones correctas y cabello ensortijado. ¿Cómo sería ahora? Habían transcurrido desde entonces al menos treinta años.

Héctor

Cerró bruscamente la maleta e hizo intención de cargar con ella para salir del piso dando un portazo, porque Amalia había agotado el límite de su paciencia. Acababa de colgarle el teléfono y lo que deseaba era no volver a oír su voz en lo que le quedara de vida ni por supuesto encontrársela por el hospital, aunque esto último sería más difícil. No había imaginado cuando la conoció el verano anterior que soportarla fuera una proeza tan inconmensurable. Habían coincidido los dos en el quirófano del hospital. Él anestesió a un paciente al que le fueron extirpadas las piedras de la vesícula, y ella que era enfermera, ayudó al cirujano en la operación. Aparentaba ser una chica encantadora y al cabo de unos meses de verse a diario dejó él el piso que compartía con dos compañeros y alquiló otro con ella.

Al principio marchó todo como la seda, pero enseguida e inexplicablemente para él empezó Amalia a protestar por todo. Sabía que era desordenado, pero con los otros dos compañeros no había tenido el menor problema por esa razón, porque ellos también lo eran. Amalia, por el contrario, ponía el grito en el cielo cuando dejaba él los calcetines tirados por el suelo antes de acostarse, cuando se duchaba después de que hubiese arreglado la asistenta el cuarto de baño, cuando al llegar por las tardes del

hospital abría la nevera y se comía lo que encontraba a mano, sin preguntarle previamente si la carne fiambre que le había apetecido era la que había preparado ella para cenar al día siguiente.

Con sus anteriores compañeros de piso no había tenido esos problemas ni esas discusiones. Ciertamente tenían la casa hecha una leonera, pero los tres se habían sentido muy a gusto con el desorden que generaban.

Afortunadamente se había dado cuenta a tiempo, porque ya no aguantaba más. Dormiría esa noche en un hotel y buscaría a la mañana siguiente otro piso en alquiler en el que alojarse. No creía poder necesitar una tregua, como le había sugerido ella, para recapacitar sobre si esa tregua debería ser o no definitiva. Estaba seguro de que la relación que habían mantenido se había acabado y de que se sentiría liberado perdiéndola de vista. Y también lo estaba de que cuando llegara Amalia esa noche y se diera cuenta de que él se había marchado dejaría escapar un suspiro de alivio.

O quizás no, se dijo pensativo. Lo más probable es que le buscara al día siguiente en el hospital e intentara hacer las paces, lo que implicaría que en la primera ocasión en la que se saltara él las rígidas normas del sagrado orden que imponía Amalia volvieran a tener un altercado.

Tirando de su equipaje había llegado hasta el pequeño vestíbulo e iba a abrir la puerta para salir a la escalera, cuando sonó su móvil. Lo llevaba en el bolsillo del pantalón y se lo llevó al oído temiendo que fuera ella y que una vez más le llamara para disculparse por la bronca que había provocado una media hora antes por teléfono. Estaba harto de sus caprichos y de sus tonterías y no quería escucharla y mucho menos disculparla. Quería olvidarse de su existencia y que no pudiera localizarle al menos durante una larga temporada. O mejor aún, nunca.

Pero no era ella. Era su amigo Anselmo, un acreditado oncólogo que trabajaba en el mismo hospital que él y con